

SOBRE LA CREACIÓN DE UN SEMINARIO DE ARQUEOLOGÍA MONUMENTAL EN LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA

POR LEOPOLDO TORRES BALBÁS, ARQUITECTO

Parece que los estudios de historia artística y de arqueología monumental, que antes no despertaban curiosidad alguna entre los alumnos de nuestra Escuela de Arquitectura, comienzan a atraer las vocaciones de bastantes de ellos, convencidos de que la profesión de Arquitecto, como casi todas, va exigiendo especializarse en uno de sus muchos aspectos, ya que su creciente complejidad hace imposible enterarse de todos, aun algo superficialmente.

En las dos asignaturas de nuestro plan de estudios que tienen más directa relación con aquellas disciplinas—la de Historia de las Artes plásticas y la de la Arquitectura—apenas, por lo escaso del tiempo y la extensión enorme de ambas materias, si hay lugar para que el alumno interesado logre una iniciación algo ingrata, como lo suelen ser todas las que se adquieren por medio de resúmenes y ojeadas de conjunto; tal vez llegue algún día en el que, apreciando menos el problema de ganarse la vida, tan catastrófico pedagógicamente para muchos jóvenes, al haberse eliminado la red de costosas superfuidades en la que nos vemos hoy envueltos, se pueda dedicar más tiempo—más años—al estudio desinteresado y deportivo de lo que actualmente se llama, con palabra ingrata y veraz, una *carrera* , y que debe ser una preparación para la vida, fundamentalmente para extraer de ella los máximos goces espirituales de la creación. Entonces se podrá empezar por estudiar problemas parciales, concretos y limitados, de cada disciplina, para terminar por la visión de conjunto. Es cosa ya muy repetida que los resúmenes y manuales—los pocos buenos, claro está—tan sólo son útiles para las gentes conocedoras de las materias de que tratan.

Pues bien, el alumno de nuestra Escuela que sienta vocación por los estudios de historia artística y arqueológica, ¿qué camino debe emprender para su formación en ellos? Un profesor a la antigua usanza le diría que lo primero es asistir a esas clases. Libreme Dios de semejante soberbia y de consejo tan imprudente. Lo primero—y tal vez lo único, lo fundamental al menos—es tener vocación. Todo lo demás se le dará, o lo adquirirá, por añadidura. Con vocación tendrá amor y entusiasmo y éstos son sentimientos extraordinariamente fecundos, y la fecundidad—perdón por el tono mayor, que me repugna, de la frase, es el goce máximo de la vida, fecundidad que puede sentir lo mismo un modesto albañil que con ansia de perfección coloca ladrillos, sintiéndose colaborador de una gran obra, que un futuro Bramante proyectando una fábrica de sueños baratos—léase un "cine", según la interpretación de Eernburg.

Entre dedicarse a un trabajo intelectual o artístico que sea grato, o estar consagrado al que se toma únicamente como medio de obtener beneficios materiales, sin entusiasmo alguno, hay una diferencia enorme. El primero será fuente perenne de goce, de diversión; el otro, constituirá una carga pesada y amarga y la vida del desgraciado que así lo realice, parecerá la de un forzado. Inconscientemente, ligeramente, se comprende por gran parte de nuestra juventud el estudio de una profesión y las consecuencias, sociales y personales, son deplorables.

En estos estudios de arqueología monumental—y supongo que en todos—más importante que saber muchas cosas es la manera como se

saben. El esfuerzo, el trabajo personal, no puede sustituirse con nada y realmente es el que forma. La misión del profesor—me refiero siempre a las referidas disciplinas—más que en tratar de meter al alumno una serie de conocimientos en la inteligencia y en la memoria, es la de proporcionarle una orientación y un método acertados. ¿Cómo conseguirlo? La materia de estudio no es cosa lejana e inasequible: monumentos tenemos en abundancia por todo nuestro país. Desde el primer momento se empezará a trabajar directamente sobre ellos: a medirlos, a dibujarlos, a examinarlos en todos sus detalles, a comparar y diferenciar sus distintas fábricas. Entre infinitos temas inéditos que podrían ser objeto de estudio, citemos algunos como ejemplo: las iglesias mudéjares de ladrillo, las zapatas mudéjares, las bóvedas moriscas de ladrillo, la decoración visigoda, los capiteles califales, la arquitectura popular en alguna de las regiones menos estudiadas, los perfiles de las ojivas españolas de los siglos XII y XIII, las plantas cruciformes en la arquitectura española, las decoraciones arquitectónicas en los cuadros del Renacimiento, las cúpulas barrocas, las molduras barrocas, etcétera. El profesor indicará monumentos, sugerirá analogías, señalará fuentes, pero, sobre todo, tratará de inculcar en los alumnos el amor a la precisión, al rigor científico, a la escrupulosidad, y el sentido del equilibrio capaz de colocar en primer plano unos datos y dejar otros en segundo término; en una palabra, les enseñará las reglas y consejos para la investigación científica—aplicables casi totalmente a la artística—, tan maravillosamente expuestos en el conocido libro de Cajal.

El alumno que tenga una inteligencia corriente quedará limitado a la investigación erudita de las formas artísticas: el escaso número de los que la posean privilegiada, podrán lanzarse a las grandes síntesis, a las interpretaciones de índole general.

¿Lugar de trabajo? Cualquiera, que ello es secundario. ¿Bibliotecas? La de nuestra Escuela, la de Bellas Artes, la del Centro de Estudios Históricos, la Nacional; a pesar del gran progreso de los últimos años en este elemento de trabajo, y en lo que se refiere a los estudios de historia artística, estamos en situación de gran inferioridad con relación a los demás países europeos y a Norteamérica.

¿Dinero? Para empezar, poco hace falta. Alguno para excursiones y becas, estas últimas destinadas a los alumnos que se encuentren en mediana situación económica.

Cualquier alumno, con vocación y con ánimo de trabajo, puede, bien orientado, contribuir con un estudio de interés al mejor conocimiento de nuestra historia monumental, sintiéndose colaborador de una urgente obra a la que jamás se podrá poner la última piedra. Estas—y me refiero sobre todo a las de los monumentos del pasado—no son tan frías y muertas como muchas gentes se figuran: cuando se aprende a interrogarlas aparecen repletas de historia, henchidas de problemas, destilando substancia humana. La más pobre, la más desgastada de un viejo edificio, puede cobrar una magnífica vitalidad al contacto de la pasión del que la interroga.

En el número próximo comenzaremos la publicación detallada del proyecto de la Escuela Superior de Arquitectura que ha de construirse en la Ciudad Universitaria y que actualmente se está realizando por los técnicos de la misma.